

con los yanquis, pero muy adelantados si se les pone en parangón con los de España.

Siendo esto capital y centro de la República, claro es que hay de todo y aquí afluyen los vagos y los perdidos; pero eso no ha de ser la medida con que se les presente á todos.

Entre ellos son de lo más desunido que puede darse y de lo más gracioso en este sentido. Nunca logran estar de acuerdo ni piensan lo mismo en nada. Cada uno tiene un descontento profundo y eterno de los demás, y siempre están tirándose los trastos á la cabeza. Mientras los alemanes y los yanquis forman una especie de alianza ofensiva y defensiva y tienen sus centros de reunión importantes, los españoles se cuidan un pimiento de la colectividad, y continuamente tienden á deshacerla, apenas aparece con indicios de formalidad. Son ingobernables.

En suma, uno por uno todo lo agradables que ustedes quieran, pero en cuanto tratan de hacer algo colectivamente no hay quien los aguante.

EL GACHUPIN

Después de haber hablado de los españoles, se impone el hablar del *gachupín*, esto es, del tipo clásico, genial, del que sin duda fué el inspirador de ese nombre á la gente del país, del tipo de español más definido y saliente. . . .

El gachupin de la capital es el que se pasa la vida tras del mostrador de una tienda de abarrotes y licores ó tras de un empeño. Dejemos á éste, al del empeño, tranquilo y en paz, y procedamos contra el de la cantina, que es más visible. Y escojamos una cantina de barrio, que allí el gachupin está mejor caracterizado, allí está «en todo su esplendor. . . .» Se levanta á las cuatro de la mañana en verano y á las cinco en invierno, para abrir y asear la tienda media hora después y empezar el despacho con las indias que van á hacer su provisión de alimento (centavo de frijoles, centavo de chile seco, centavo de azúcar y centavo de cigárros) para todo el día, y á los indios que van á tomarse la mañana antes de ir al trabajo. El gachupin es un muchacho que aún lleva pocos años en el país, grueso, bajo, de espaldas anchas, rostro semicuadrado, de facciones fuertes y pronunciadas, un poco de bigote, hablar tardo y

perezoso, pronunciación clara y enérgica, algo nasal. . . . Lleva una blusa ó va generalmente en mangas de camisa, todo sucio y aceitoso, no se quita la boina de la cabeza en todo el día, ni de la boca el cigarrillo, al que está dando vueltas continuamente y mudándolo de un lado al otro de aquella; sigue con él cuando habla, y entonces arruga labios y nariz para evitar que se le meta el humo por los ojos.

Despacha á puñetazos, pellizcos, insultos, gritos y *albures*, y tiene las interjecciones constantemente en la boca, el oído y la vista muy atentos para que no le roben los efectos que hay sobre el mostrador, ó las copas, ó para que no se vayan sin pagar, del mismo modo listas las manos, muy listas para arrimar un puñetazo al indio que se desmanda ó le toma demasiado cariño á algún objeto de aquellos, y para dar un pellizco ó hacer cosa mayor con ellas á la india medio guapa que está delante del mostrador pidiendo efectos y burlándose de él. . . . y los pies muy ligeros para andar toda la tienda, dejándose resbalar por el piso húmedo cubierto de serrín, en busca de los artículos que le piden.

Los clientes le insultan y él les insulta, y además, les sisa en la mercancía lo que puede, con lo que sale él ganando. Pero no insultos así como así, sino de los más *pin-torescos*, de lo más cochinos posible, con inclusión inevitable de las familias, de *la mamá* especialmente. El gachupín aguan-

ta con paciencia estas injurias y las devuelve duplicadas y más soeces, si cabe, juntando para ello el vocabulario español, que es extenso, con el vocabulario mexicano, que es extensísimo, no tiene término. A las *gatas* (criadas) y á las demás indias, si son de buen ver, las mezcla los insultos con flores, tan cochinas éstas como aquéllos, y si son viejas, con aquéllos nada más las despacha. Ellas le contestan con un bufido, y si hubo atrevimientos de mano, con un recuerdo expresivo para la familia. Ellas y ellos le toman el pelo hasta aburrirse, y él los trata á la baqueta. Ellas y ellos, si pueden, le roban la mercancía, le destrozan cualquier cosa, le rompen un vaso, le dan moneda falsa, le piden la vuelta de una moneda que no le dieron y se están una hora en esta discusión, y fingen con más habilidad que Coquelin, y lloran é insultan y suplican. El, si puede, les da agua por alcohol, les quita la mitad de la mercancía después de envuelta, aprovechando un descuido; les cobra dos veces, les hace trabacuentas para devolverles menos dinero del que les corresponde y de paso *hace la lucha* con ellas para conquistarlas; riñe, vocifera, reparte puñetazos, amenaza, salta el mostrador. . . . Así es como se vende en esas tiendas.

Y si al gachupín le quitáis ese modo de vender con insultos mutuos, le quitáis casi la mitad de la existencia. No sabrá qué ha-

cer, ni podrá vender un centavo de frijoles de otra manera. . . .

Este tragín se acentúa por la mañana, temprano y anocheado; las horas intermedias son de más calma y la clientela es un poco más decente. Pero el gachupín no se sienta en todo el día más que, si acaso, para comer detrás de un aparador de botellas. A las diez se cierra el establecimiento: el gachupín arma su colehón encima del mostrador, se acuesta y hasta la madrugada, en que empezará lo mismo otra vez.

Cada mes ó cada dos meses, según la casa y los dependientes que haya en ella, tiene permiso para salir un domingo por la tarde. Entonces se pone camisa limpia, se embetuna las botas, saca del baúl una corbata hecha, muy tiesa, de nudo, de colores muy chillones, que le mandó su familia de España; un traje muy grueso, para que dure, que le sobra por todos lados; un pañuelo de algodón, con sus iniciales ó su nombre entero, bordado á la cadeneta con hilo azul y encarnado y con unas hojitas y otros adornos, regalo también de la familia; se cepilla la boina, ó si es algo más presumido, saca un sombrero muy grande de fieltro, coge diez ó doce pesos y se lanza.

Lo primero que le sucede es que no sabe á donde ir, esté sólo ó con otros amigos que salen el mismo día, con los cuales previamente se había citado. Después de muchas meditaciones se van á otra cantina, donde hay otro conocido, á beber unas co-

pas y á jugarlas al dominó. La tarde se pasó así, en las cantinas. La noche, en oír una ó dos piezas en un teatro donde *den* zarzuela chica, y después en otros sitios que no quiero nombrar. Y á la mañana siguiente, ya está el gachupín otra vez en su puesto, despojado de aquellos atavíos de elegancia, riñendo con las viejas, insultando á los *pelados* y pensando en la partida de dominó que tienen él y sus amigos concertada para dentro de dos meses, y en otras cosas menos inocentes que también dejó concertadas.

De cada diez gachupines así, cinco siguen siendo los gachupines toda la vida: cuatro suben un poco, dejan la tienda y son cada uno el españolito Fulano, y uno llega á ser el distinguido español D. Fulano de Tal y acaudalado banquero ó industrial, cuya honradez y laboriosidad honran á su nación, según los periódicos.

UNAS OBSERVACIONES

Y UNOS CONSEJOS.

Yo creo que tiene sus ventajas esto de dar las cosas así, por duplicado, porque de este modo hay donde elegir y están al gus-

to de todos los lectores y al alcance de todas las fortunas. Habrá quien al leer el título sienta herido el amor propio, ese talón de Aquiles que todos llevan, hasta los más fuertes, y diga disgustado y altanero que él no necesita consejos de nadie. . . . Bueno, pues no los tomes, querido, no los tomes, no sea que te vayan á hacer daño, pero permíteme que te dedique las observaciones, que esas nunca están demás, y el aceptarlas no humilla en lo más mínimo, puesto que hasta los reyes las toman y las oyen de sus súbditos. . . . Y si aún salta tu amor propio exagerado, llamémoslos «indicaciones» Esa es una palabra más fina y más susceptible de aguantarla sin quejarse. . . .

¿Que á otro no le gustan las observaciones porque es espíritu superficial y perezoso para hacer trabajar el pensamiento? Pues se lo doy todo mascado ya, esto es, le dedico los consejos, que han de aprovecharle en más de lo que se figura, seguramente.

A todo esto, se me había olvidado decir que estoy hablando con los madrileños. . . . Sí, porque estas observaciones y estos consejos son para los chicos de Madrid ó que viven en él y quizá también para los de alguna capital muy importante de España, pero para los de Madrid especialmente.

Espronceda tuvo un desahogo. . . . Esto es, tendría varios en su vida, pero quiero decir que tuvo uno en su *Diablo mundo*,

el célebre canto á Teresa. Permítanme los lectores otro á mí, aunque diste tanto de ser Espronceda. Necesito hacer una obra de caridad con estos niños madrileños, y puedo hacerla, porque conozco muy bien el paño, como vulgarmente se dice.

Jóvenes de Madrid que gustáis del *dolce farniente*; estudiantes antiguos que no habéis podido acabar la carrera porque os tomaron tierra los profesores, aristócratas arruinados ó que nacisteis con la aristocracia y sin el dinero; niños acostumbrados á brillar en los salones por lo que sea, gomosos y elegantes que os habéis propuesto vivir de vuestra goma y de vuestra elegancia, calaveras que gastasteis vuestro patrimonio en vicios, y parte de vuestra salud, y os encontráis con más necesidades y compromisos que elementos de subsistencia, nobles venidos á menos, jóvenes que confiáis á vuestro físico el éxito del porvenir. . . . no vengáis á Méjico, no sigáis viniendo á Méjico.

Yo ya sé cuáles son vuestras ilusiones y vuestras cuentas. En Madrid se os acaba la buena vida porque se os acaba el dinero, se os acaba el crédito porque se ha extendido de una manera alarmante vuestra fama, tenéis los hábitos de diversión y jaleo y no podéis ó no queréis adquirir los de trabajo, os conoce todo el mundo, está todo muy explotado, y, en suma, *ya no cabéis en Madrid*. . . . Se impone la solución de marchar á un país donde nadie

os conozca, dónde no os persiga el usure-ro que os prestó en espera de una herencia que no acaba de llegar, ni el sastre, ni el tapicero, ni el joyero á quien comprasteis las últimas alhajas para vuestra última querida, á donde no puedan llegar ni los ecos de vuestra historia, ni las firmas que habéis esparcido en pagarés y demás documentos comprometedores. . . . ¿Y qué país mejor, pensáis, que América, y dentro de América, Méjico? Aquellas onzas mejicanas tan bonitas, tan brillantes. . . . Vosotros no las habéis visto nunca, pero todo el mundo habla allí de ellas y deben de existir y deben de estar casi tiradas. . . .

Luego, aquello es un país virgen completamente. La mitad de sus habitantes visiten de plumas, la temperatura debe ser caliente, pero agradable, porque Méjico está. . . . Vosotros no sabéis á punto fijo dónde está Méjico, pero os acordáis entonces que existen mapas y compañías de vapores, y con los datos que os den unos y otras ya háy bastante para formarse una idea. Allí se va uno al campo, adquiere una hacienda, que eso es la mar de fácil, porque son gentes sencillas, y se echa uno en una hamaca, bajo la sombra de los plataneros, y una india le quita las moscas con un abanico de plumas, ¡porque allí hay una barbaridad de plumas! mientras los naturales trabajan la tierra. . . . Allí va uno, compra á un indio de esos una pluma de avestruz por una peseta, verbigracia, y la

vende en Europa por veinte pesos oro. . . . Pero eso es lo de menos, el muchacho no se va á fijar en tales pequeneces que, además de serlo, exigen, aunque sea poco, algún trabajo, y sería el colmo eso de irse á América para trabajar, cuando allí la mayoría de las gentes son almas cándidas y se las alucina con cualquier cosa. ¿Para qué quiere el muchacho sus maneras distinguidas, su aire de superioridad, sus conocimientos del polo (no del Norte, sino del juego así llamado); el de otros juegos peores, su talento para hablar de cosas sin substancia que resultan muy entretenidas y de buen gusto, su habilidad (¡eso, eso sobre todo!) para chiflar completamente á las mujeres y llevarse los corazones en el bolsillo, su manera de montar á caballo, de emborracharse en una forma distinguida y elegante (¡eso ni siquiera lo conocen allí. . . si están en el estado de la inocencia!), su modo de llevar la ropa y esa colección de trajes, corbatas y camisas á la última. . . que no ha pagado ni piensa pagar? ¿Para qué quiere todo ésto?

Por lo pronto viene á Méjico y asombra á los que aquí presumen ¡infelices! de elegantes, que serán unos cursis de primera, unos gomosos *pour rire*. Otra de las ventajas del muchacho: *ha cogido* algunas palabras en francés. ¡Lástima que sea aquí el inglés lo elegante! Pues los chicos de Méjico se asombran y le traen y le llevan, y le convidan y le agasajan, y le imi-

tan las frases hechas, y le copian la manera de vestir y la desenvoltura, y él pone cátedra de *sport* y de elegancia y de sociedad, y les va metiendo en los toques de la civilización. . . . Por ahí ya triunfó, ya no le hace falta nada para vivir. Pero resta lo más importante; eso no son más que los medios para llegar al fin. . . .

¡Oh! . . . ¡Aquellas mujeres de América que nos pintan los novelistas y los viajeros que no han salido de su despacho! Tan hermosas, tan ardientes, tan sencillas. . . . Ven un europeo, vaya, un hombre civilizado, que no ande siempre con esos trajes estrambóticos cazando fieras por las Pampas (este rasgo de erudición también lo cogió al vuelo el muchacho) y es como si vieran la gloria. ¡Se derriten por ellos aquellas mujeres! Pues con la ropita que lleva el muchacho, y la caída de ojos, y el engomado del bigote, y la vida de calaverón, ya está. ¿Quién se resiste?

Pchst. . . . El muchacho puede tomar dos partidos. Uno, el de dedicarse á explotarlas, porque, después de todo, eso no es una deshonra. El es gallardo, elegante, calavera, á ellas les *dislocan* los hombres así: ¿qué culpa tiene él de haber nacido con todas esas cualidades?

Pero no, no se va á entretener en tontearías. El va derecho al bulto. . . . á casarse. ¡Si hay allí unas herederas! Muchachas que tienen haciendas de miles y miles de leguas de terreno, que tienen minas de

oro, de piedras preciosas, ¡qué sé yo! Las pobrecitas no tienen mundo ni experiencia, ni han visto nada, siempre metidas en aquel Méjico, que debe ser . . . ¡U! una cosa horrible, cursi, ridícula. No conocen más hombres que aquellos tipos. . . . Va un madrileño de la *high life* como el muchacho y se vuelven locas. . . . En fin, eso es coser y cantar. A los pocos meses ya está el muchacho casado, rico, feliz, adorado en todas partes y sin hacer nada, más que gozar de las incalculables rentas de su esposa. . . .

Aquí es donde entran mis consejos, jóvenes elegantes y soñadores. Creedme á mí. Aquí ya no hay avestruces, al menos con plumas. Aquí no anda la gente con taparrabos, ni siquiera las indias le quitan á uno las moscas en la hamaca. Aquí, el que más y el que menos sabemos lo que es un frasco y hasta hay su poquito de *goma*, aunque resulte empalagosa en extremo.

Aquí, joven que vienes á explotar á las damas, te pasará lo que á muchos que como tú han venido; ó conquistaron una medio-india, de rebozo, ó viven á costillas de alguna *señorita* de las reglamentadas por el gobierno. Al principio, todo le salió bien al muchacho éste, igual que tú piensas que te saldría á tí. Entró en la buena sociedad, fué socio de éste ó el otro centro elegante, y se emborrachaba distinguidamente, pero no venía el dinero y había que seguir esa

vida y que jugar. . . . Confío en el juego, y éste le fué contrario y adquirió deudas en él. Y como esas deudas son sagradas, y él era un caballero. . . . en ese punto recurrió al sable, y después más sable, y después trampas en el juego, y días azarosos, y situaciones violentas, y compromisos graves, y después acciones más feas, y el chico fué bajando, bajando. . . . Y no quiero decirte hasta donde ha bajado, porque te asustarías mucho. Tú, pobrecito, no estás hecho aún á esos lances de la vida.

Pues en lo de bodas también hay sus dificultades. Antaño se hacían con cierta frecuencia, no creas, pero ahora se ha puesto muy mal. Herederas las hay todavía en buen número, pero si vieras qué escamonas y qué desconfiadas se han vuelto. . . . ¡Si da grima, hombre, da grima! Y es que se ha abusado mucho del procedimiento, se ha seguido á tontas y á locas, y pasa como en las costas donde se pesca con dinamita; la primera temporada se enriquecen los pescadores, pero á la siguiente no asoma por allí un pez. Aunque tontos, ya saben que allí perdieron sus padres la vida. Pues á éstas herederas les pasa lo mismo. No se pesca ni una. . . . Si acaso, alguna de puro tonta ó por distracción. . . . Sí, si, dices bien, aquí hay muchos como tú, que han resuelto la situación con una boda, pero hijo, tales resultados dieron, que lo han dejado imposible para los que vengan detrás.

Aquí las herederas conceden su mano á

un español que no se engome el bigote ni vista á la última, ni sepa jugar al polo, pero que trabaje en una fábrica ó en una tienda, aunque sea zafio y arisco y no sepa llevar del brazo á una señorita, si á mano viene, pero á un elegante de esos ya no. ¡Si hasta los padres de las herederas se mueren ahora haciendo unos testamentos, por si llega el caso, que irritan!

Y es que esta es una ciudad trabajadora, niño, donde hay mucho comercio, mucha industria, mucho de eso positivo, práctico, y les importa poco que no vaya uno elegante, si va limpio y correcto.

Conque, jóvenes aludidos, no vengais á México. Mirad que ya no es el mismo, que os lo han variado. Mirad que ya las herederas no son las almas sencillas de antes, que un elegante de allá ya no las coge de susto, que estamos ya aquí casi tan civilizados como vosotros y no tendríais el ancho campo que necesitáis para vuestras empresas, en fin, jóvenes que esto se ha puesto muy malo ¡qué caramba! y que las herederas están escamadas y cuestan un puñado de dificultades.

EL ABRIGO Y EL PUDOR

Hay quien dice que muchos de estos indios de la capital, á quienes hemos bautizado con el elocuente y significativo nombre de *pelados*, se visten de agujeros. . . . No haré yo una afirmación tan rotunda, pero conste que muchas veces, al verlos pasar por la calle, enseñando gran parte de su cuerpo, y aun muchas partes, y de esas que todo el mundo prohíbe enseñar, se queda uno pensativo y cabizbajo ante el problema siguiente: ¿Cómo se habrá metido este hombre los pantalones? ¿Se los metería por piezas, una pierna primero, después la parte de encima, luego la pierna restante y así sucesivamente, para unir las piezas una vez que estén sobre el cuerpo? Será un solo pantalón ó se compondrá de pedazos de distintos pantalones?

Y den ustedes gracias á que, cuando el indio se puso aquellos pantalones estaban casi enteros, y á que no se los ha vuelto á sacar, ni piensa sacárselos mientras quede en pie un solo trozo, que de no ser así constituiría para el pobre una preocupación feo, porque aun es posible que se los lograse sacar, pero ¿y metérselos otra vez? ¿cómo se los metía?

De todos modos, levantemos al *pelado*

esa calumnia. No es que se vista de agujeros, es que le nacen después de vestido. ¿Qué culpa tiene él de esas inclemencias del tiempo? Aun más, debíamos justificar el que el *pelado* no volviera á quitarse la ropa una vez puesta, porque, señores si se fuera á desnudar cada noche como las otras personas los pedazos de pantalón no resistirían el trasiego. Son como las fichas del ajedrez; con ellas puede hacerse la mar de combinaciones, pero la que una vez se hizo no vuelve á aparecer en el transcurso del juego, aunque éste durara muchos años.

Ahora me dirán ustedes que el pudor. . . . Vamos á cuentas, señores. El pudor lo pone cada uno donde le da la gana, y nadie podrá negarme que este es un derecho indiscutible, y. . . . personal.

En ciertos parajes de la costa del golfo, donde el calor aprieta mucho, los chiquillos de la clase del pueblo andan en camisa por la calle. Los padres, cuidadosos de la moral, no pueden consentir que anden sin camisa, como querrian los muchachos. Pero es el caso que la camisa *en cuestión* les llega hasta poco más abajo, muy poco, de la cintura. . . . Y dígales usted á los padres de esos niños que sus crías van inmorales. . . . No lo creerán. Si ellos colocan el pudor de la cintura para arriba ¿con qué derecho vamos á argüirles? Nosotros tenemos otra opinión y todos contentos. ¿Hay alguna ley política, administrativa ó simplemente anatómica que establezca con exac-

titud en qué lugar del cuerpo reside el pudor? ¿Qué sabe cada cual las que del suyo parecen á sus semejantes más impúdicas y escandalosas?

Recuerdo que una vez andaba yo por un barrio lejano y casi extramuros de la ciudad buscando cierta casa en la que me habían asegurado que vivía un individuo. Llegué á una y entré derecho en la portería para preguntar. La portera, que sin duda no esperaba tales visitas ni á tales horas, estaba entregada, no sé si á las abluciones, aunque esto parece extraño en una portera, ó al remiendo y costura de su ropa blanca. Ello es que no la tenía puesta y que lucía las formas lo mismo que Eva antes de aquel suceso.

Mi entrada repentina la dejó confusa, avérgonzóse la pobre mujer, miróse, y, en un rasgo de pudor, se tapó los pies.

Esa señora tenía en los pies la moral. ¡Vaya usted á convencerla de que se equivoca! Dirá que su pudor es suyo y puede hacer de él lo que la dé la gana.

Volviendo á los *pelados*, éstos también entienden el pudor y la moral, y hasta la coquetería á su manera. Un *pelado* no sale á la calle sin sombrero. Llamaría la atención de sus amigos y compañeros de clase. Pero que el pantalón se rompa por atrás ó por delante y en varios sitios, y que de éstos haya algunos expuestos al frío, eso no tiene importancia. A cualquiera le sucede. Y, después de todo, no tiene tanto de

particular. Se asustan ustedes de cualquier cosa. Pues peor sería que anduviese completamente desnudo. . . . Como se viste al menos enseñará lo que ustedes quieren, mejor dicho, lo que quiera el traje, pero cubre las apariencias y con eso ya se puede ir á cualquier lado.

Hay que reconocer en los *pelados* una ventaja muy grande: la economía. Con un pedazo de manta tienen para un año. No porque les dure todo el año en forma de traje, sino porque al cabo de aquel todavía subsisten algunos pedazos de éste, y con pocos que haya es bastante. La cuestión estriba en irlos colocando en los sitios precisos, según aparecen las necesidades.

Ahi tienen ustedes las peladas con el seno al aire. . . . A veces enseñan más que el pecho, pero pongámonos en un medio justo. Pues á nadie le llama esto la atención. ¡La fuerza de la costumbre! Una india de esas con un poco, muy poco más que la camisa ya está despachada, y en disposición de ir á todas partes. . . . donde la dejen entrar. Y éstas usan algo más que la camisa porque al fin y al cabo son sexo bello, que tienen el pudor algo más delicado y exigente. . . .

Además de la camisa usan la falda y el rebozo, que ya es usar, no crean ustedes. Ahora, que la falda se romperá también con el tiempo, porque este no guarda consideraciones con el sexo débil, y que el rebozo se tiene que usar para muchas otras cosas

y no sólo para taparse, pero eso ya no es cuenta de ella.

De todos modos, preciso es reconocer que quien «bate el record» de los agujeros es el hombre. Los usa por todas partes. Yo creo que esto constituye una moda ó un adorno entre ellos. Porque no es que obedezca solamente á la indigencia en que están; la mitad de ellos con lo que ganan pueden mantenerse y comprar tres varas de manta para un traje cuando sea necesario. Lo que sucede es que les gusta más abrigarse por dentro á fuerza de pulque que por fuera á fuerza de ropa. . . . Y como cada uno es muy dueño de abrigarse con lo que se le antoje, yo creo que tienen razón. . . .

Aparte de que, como prenda que se ponen ya no se la quitan, se les estropea muy pronto, y cuando necesiten un traje y venga á su imaginación la idea de comprarlo, dirán como el ranchero aquel que se casaba: . . . Después de todo, ¿para lo que había de durar!

AMOR LIBRE. . . Y AL AIRE.

Méjico, con su valle, con sus alrededores, con su panorama, con sus edificios y hasta con sus gendarmes, si ustedes quie-

ren, será muy pintoresco, yo no lo dudo, pero miren ustedes que Méjico de noche. . . . Esto parece el título de una revista teatral con piernas; pero no es eso, aunque las piernas no faltan en lo que voy á señalar, y perdonen el modo de señalar ustedes. Méjico de noche es «la mar» de pintoresco. Es todo él una pintura. . . .al fresco.

Tres ó cuatro horas después que el *astrorey* recoge su vestidura de rayos (¿eh, qué tal?) cuando se empieza á mostrar en todo su dulce esplendor la casta luna, suceden unas cosas en las calles. . . .

En primer lugar, sucede que la luna no es casta, ni cosa que se le parezca; antes bien, más semeja ser de las de ¡maldita sea tu casta! según las cosas que alumbra y consiente. ¡Cá, hombre, qué va á ser casta! ¡Si con las escenas que tiene que presenciaria habría para que cometiera pecado el mismísimo San Antonio!

No quiero referirme á los amantes platónicos que se pasan la noche diciéndose figuras retóricas desde el balcón á la calle y viceversa. Esos al fin y al cabo guardan las formas. Los peores son los *peladitos* que se van haciendo el amor por la calle y á lo vivo. Porque esos no dicen figuras, ¡esos las hacen! Y allí no se guardan formas ni un demonio. Si ni aun cuando no se hacen el amor las guardan. . . . ¡penas tienen dónde! Figúrense ustedes lo que será en estos casos. Para los apreciables ciudadanos que componen el pueblo libre, libre de ropa, li-

bre de preocupaciones, libre de todo, las calles de Méjico, son, en cuanto llega la noche, un vergel paradisiaco. . . . ¡donde todo es comer manzanas! Se hace el amor sin pizca de rebozo. . . . Los rebozos ¡ni para tapar sirven!

Guárdese el lector de pasar por una calle algo obscura. O le robarán el reloj ó le robarán la calma, que dicen los poetas.

A lo mejor está usted en pleno arroyo y se apaga el foco de la luz eléctrica. Se queda usted sumido en las tinieblas y en hondas reflexiones y cuando se decide por fin á andar, salga lo que salga, vienen á herir su oído algunas palabras cortas pero expresivas, algún suspiro, en fin, «rumor de besos y batir de alas,» que dijo Becquer. . . . ¡Zape! exclama usted y mira á su alrededor! Allí, en el quicio del zaguán próximo distingue usted, entre las sombras, dos bultos. Muda usted de acera y se encuentra otro grupo en la de enfrente, y así sigue, hasta que se tiene usted que preguntar como las heroínas de las comedias al volver de su desmayo:

—¿Dónde estoy?

O como los que se ponen al teléfono:

—¿Con quién hablo?

Y es que en Méjico de noche todo convida á amar; el ceñirillo suave, la blanca luz de la luna, los dinteles de los zaguanes. . . . Esta gente come en la calle, bebe en la calle. . . . ¡en fin, que en la calle lo hace todo! Pueden ustedes asegurar que mientras exis-

tan quicios en los zaguanes y rincones en las fachadas de las casas, habrá poesía, que también dijo Becquer.

¡Le son suficientes á los indios tan pocos requisitos! Ustedes habrán oído hablar de una costumbre ó cualidad muy rara que tiene el elefante. . . . Pues los pelados ¡ni eso! Aunque se forme alrededor de ellos un corro de gente, ¿qué les importa?

Y claro, estos quicios de los zaguanes sacan del quicio al pobre traseúnte, que lo ve y no sabe qué hacerse. Y aunque sepa qué hacerse en ocasiones, no quiere hacerlo.

En balde es que les diga cruzándose de brazos y en tono suplicante—Pero señores, ¿soy yo un santo de palo?

Tiene que aguantarse y meterse las manos en los bolsillos en prueba de resignación. . . . y para que no le roben, y pasar de largo.

Se sienta usted de noche en cualquier banco de esos dobles de la Alameda ó de otro jardín público para entregarse á sus cavilaciones. Pues no es posible, porque oye usted ruido detrás, vuelve la cabeza y echa á correr, haciendo «fú,» como el gato. . . . ¡Si no tiene uno tranquilidad en ninguna parte! Y es que á estos *pelados* no les preocupa nada. El que tiene que preocuparse es el que los ve. . . .

A lo mejor pasan por la calle un *él* y una *ella* oliendo á pulque, y cogiditos de la mano que van en busca de un zaguán para convertirlo en nido amoroso, y una vez allí ya

pueden ir pasando todas las personas que quieran, que ellos no se espantan. . . . Lo que suelen hacer es dejar espantados á los demás, que ven tanto atrevimiento. . . .

Ni aun tienen la fineza de decir al que pasa:

—¿Da usted su permiso?

En lo cual, después de todo, hacen muy bien, porque sería inútil. ¡Cualquiera da su permiso para lo que no le importa! Lo que habrá que hacer es preguntar, cuando se llegue á una calle de esas:

—¿Se puede entrar?

A riesgo de que alguno de esos Romeos de calzón blanco conteste en seguida:

—*Adiós, mi jefe, pues si nó ¿para qué. . . ?*

Si yo fuera gobernador, prohibiría esas manifestaciones amorosas por las calles. Porque ya sé que le queda á uno el derecho de pasar de largo sin volver la cabeza, pero el que más y el que menos cuando llega el caso *se siente* mujer de Lot y la vuelve ¡vaya si la vuelve! Ya saben ustedes que la curiosidad es innata en el hombre y esencial en la mujer.

La libertad es muy buena, estoy conforme, pero en amor no resulta tanto. . . . para los espectadores. Con que los enamorados de la clase baja se *comprimieran* un poco, salíamos todos ganando. Hay que enseñarles á que amen de otra manera, con cierta capa de hipocresía. . . .

Y si no tendremos los demás, al pasar por

la calle, que obligarles á hacer lo que San Martín, que partan la capa.

Por supuesto que de día también se abrazan en plena vía pública, cuando les parece, ó cuando le parece al pulque que llevan encima, pero eso es más pasable porque son solo raptos de entusiasmo.

¡Lo bueno entra después que se ha marchado Febo á otra parte!

LA LIMPIEZA

Es una cuestión palpitante en Méjico, una cuestión que siempre resulta de actualidad, por aquello de que uno habla más de lo que desea que de lo que tiene.

Por lo tanto, permítanme á mí hablar de la limpieza. . . . La del cuerpo por supuesto, porque de la limpieza del alma ya se encargarán los señores sacerdotes.

La limpieza dicen los médicos que es necesaria para la vida de los pueblos, más aún para la vida de los hombres y más aún para la vida de las mujeres, y no solamente para la vida así, en general, sino para muchos casos particulares de la misma. Pero como el pensamiento es libre. . . . hasta cierto punto, las ideas que cada ciudadano pueda tener de la limpieza gozan de la

misma libertad, y así hay hombres que tienen ideas muy libres, y mujeres que las tienen mucho más libres, acerca de este punto y de otros puntos más ó menos delicados.

La apreciable clase de *pelados* que nos rodea en esta culta capital, tiene acerca de la limpieza la menor idea posible. Y si alguna hay en ellos es mala, porque los *pelados* suelen tener muy malas ideas.

Es costumbre popular el decir que la miseria alimenta, cosa que inventaron los sucios para no tener que ser censurados por los limpios. De ser así, deben estar superiormente alimentados estos indios, que esperan á que llueva para lavarse algo de la cara. Lo demás no se lava nunca

Para un peladito, un baño debe ser peor que una medicina Lo tomará, si acaso, en los últimos momentos, cuando dependa de él su existencia. Prefieren bañarse interiormente en pulque.

Y si así son los varones, excuso decir lo que serán las hembras. No obstante, hay muchos que se bañan dos veces al año, el día de San Pedro y el de San Juan, santos que sin duda deben ser abogados de la limpieza, porque ejercen una especie de autoridad para eso y la gente les rinde culto bañándose.

Así pues, en cuanto á los *pelados* se puede decir que la limpieza es un mito, un cuento tártaro En los demás oscila, y hay muchas variedades respecto á este

punto. Y esto no es aludir á nadie, pero que cada cual se mire los suyos, por si acaso. Y de todas maneras, aunque esto encerrara una alusión no podría ofender á nadie, puesto que desde esa moda que empezó con la hoja de parra, común á Adán y á Eva, y concluye, con las levitas cruzadas y con los vestidos emperifollados, es mucho más fácil saber los puntos que calza un ciudadano ó una ciudadana que saber los puntos cuya limpieza deja un poco que desear.

La gente de pelo, aunque sea poco, esto es, los que no son *pelados*, tienen ideas distintas de la limpieza, según sus gustos, necesidades y ambiciones. Hay mucha gente que mira la limpieza, no como cosa que debe satisfacer al que la ejecuta en su propio cuerpo, sino como una satisfacción para los demás. Tales son los que antes de ir al baño (hecho que, según ellos, no es obligatorio más que una vez cada doce meses, como la limpieza de alma. . . . ó más, si fuese necesario el lucir las formas en alguna parte inopinadamente) se lavan los pies en casa, no por limpieza, pues entonces no los llevarían tan sucios que no los pudiese ver la gente, sino para que sus compañeros casuales de balneario no les vayan á criticar esa falta de limpieza, de aseo. . . . y de agua en sus habitaciones.

Las personas que piensan así, son aquellas que no se lavan de su cuerpo más que las partes que puede ver todo el mundo,

dentro de los límites que la moral y la corrección requieren, y para llamar al médico, verbigracia, si es que con la visita va aparejado un reconocimiento general, tienen que hacerse unas cuantas abluciones, también generales.

Y como hay otros casos, que no juzgo necesario exponer aquí, en los cuales, sin que vaya á venir el médico, hay necesidad de limpiarse, so pena de adquirir con otra persona un concepto muy feo, resulta que anda por la calle mucha gente que se baña, más ó menos bien, tres ó cuatro veces al año, pues en esos aprietos y compromisos que señalo no hace falta lavarse más que la vez primera. A la segunda ya hay confianza, y para mucha gente en la confianza entra la suciedad como cosa inevitable.

Veán ustedes, pues, que la limpieza, que los higienistas predicán como necesidad corporal, puede ser necesidad meramente social, y por lo tanto, reducida para mucha gente.

Por último, el colmo de la limpieza por sí misma, como si dijéramos el arte por el arte, es el de un mozo que ha poco tiempo estaba empleado en cierta oficina. Su cargo y su quehacer consistían únicamente en limpiar las manchas de tinta que el público echase en las mesas colocadas en el centro del salón, para escribir. Pues cada vez que alguien dejaba la pluma sobre la tabla ó ensuciaba ésta con una gota de tin-

ta, el hombre se ponía á dirigirle miradas furiosas y á murmurar entre dientes palabras de reconvención. . . . en fin, á quejarse de que la gente fuera tan cochina. Y es que el hombre no pensaba que si la gente hubiera dejado de serlo, él no hubiere obtenido en la administración ese medio de ganarse la vida. . . .

LA COPA

Cada país tiene sus diferentes maneras y sus distintos sitios para arreglar los negocios; aquí los arreglamos casi todos con la copa.

La copa viene á ser el remate obligado de todo asunto que ha tenido éxito satisfactorio para los que han intervenido en él. Una transacción mercantil, un préstamo de dinero, un negocio cualquiera proyectado, hasta un asunto de familia, tienen que redondearse, recibir la última mano, como quien dice, en la cantina.

Parece que con las copas en la mano se establece mayor intimidad, un lazo más estrecho, mayor obligación de ceder cada uno una parte de sus ambiciones en provecho del otro. . . . en fin, que se supone mayor cantidad de altruismo, de buen deseo en el contrincante, después de haber brin-